EL CORDERO DE DIOS

QUE QUITA EL PECADO DEL MUNDO

> ***Esto es bueno y agradable a los ojos de Dios, nuestro Salvador, que quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad. Pues Dios es uno, y único también el mediador entre Dios y los hombres*: *el hombre Cristo Jesús, que se entregó en rescate por todos***; este es un testimonio dado a su debido tiempo y para el que fui constituido heraldo y apóstol —digo la verdad, no miento—, maestro de las naciones en la fe y en la verdad. (1Tim 2, 3-7)

Los profetas de la alianza, como vemos en la Biblia, denunciaban el pecado del pueblo y de sus jefes, al tiempo que anunciaban la intervención salvadora del Dios fiel y misericordioso, para los conversos. Nada que ver con los profetas de calamidades ni con los profetas ingenuos y falaces del buenísimo.

Añadamos a esto que los profetas de la alianza no se limitan a recordar el don de la Alianza en clave moralizante. Escuchaban y comunicaban la palabra viva del Señor, que peregrinaba con su pueblo en medio de la historia dramática de la humanidad. Él era su Roca, Alcázar y Escudo. Él era su Salvador en persona. Y no sólo «su salvador y guía», sino también «el Padre». Él alumbraba sin cesar al pueblo con el que había establecido la alianza de la Ley. Tal es la dinámica profunda que alienta el mensaje de verdadero profeta.

Para una lectura correcta de los textos proféticos conviene tener en cuenta que los profetas se expresan de ordinario en un lenguaje simbólico y metafórico, poético. En efecto, los profetas evocan sin cesar la historia de amor del Dios del universo con un pueblo insignificante y de dura cerviz en medio de los reinos e imperios del mundo.

La meditación-contemplación constará de tres partes. En la primera escuchamos unos textos del profeta Isaías; en la segunda veremos la presentación que los evangelios hacen de Jesús de Nazaret, como el Salvador, como el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo; en la tercera apuntaré algunas conclusiones.

I.- DIOS EN PERSONA SALVA A SU PUEBLO

El libro de Isaías, el profeta de la fe, se inicia con esta denuncia del pecado de su pueblo: «Oíd, cielos, escucha tierra, que habla el Señor: «Hijos he criado y educado, y ellos se han rebelado contra mí. El buey conoce a su amo, y el asno el pesebre de su dueño; Israel no me conoce, mi pueblo no comprende». ¡Ay, gente pecadora, pueblo cargado de culpas, raza malvada, hijos corrompidos! Han abandonado al Señor, han despreciado al santo de Israel, le han vuelto la espalda.» (Is 1, 2-4) En el relato de su vocación, ante el tres veces Santo, exclama: «¡Ay de mí, estoy perdido! Yo, hombre de labios impuros, que habito en medio de gente de labios impuros, he visto con mis ojos al Rey, Señor del universo». (6, 5)

Isaías, no obstante, está lejos de ser un profeta de calamidades. Es un profeta realista, denuncia el pecado del pueblo y reconoce ser partícipe del pecado de pueblo. En esa situación, Isaías no cesa de recordar al pueblo que su esperanza está en Dios. El Dios que liberó al pueblo de la esclavitud de Egipto, es fiel y mantiene su palabra de generación en generación. ***Él en persona va a salvar a Israel***. El pueblo, por tanto, debe ser fuerte, poner toda su confianza en el Señor y convertirse. El profeta comunica el designio salvador de Dios, pero el pueblo no comprende y se resiste a caminar en la fe.

A través de las diferentes partes del libro profético, Isaías insiste en esta verdad: Dios está por el pueblo de su elección. Él es quien dispersa y congrega al pueblo del Exilio, como un día liberó a Israel de la esclavitud de Egipto. Él los volverá a conducir a la tierra prometida y dada a sus antepasados. Con metáforas maravillosas, el profeta alienta al pueblo, ***para que permanezca firme y camine con alegría en medio de la prueba***. He aquí la afirmación de fe que sostiene la verdadera esperanza del pueblo: Dios «**Viene en persona y os salvará**». El pueblo pecador es rescatado por el Señor y conducido a la libertad. El Señor transforma la situación y conduce al verdadero gozo y la alegría, a la gozosa esperanza de la fe.

> El desierto y el yermo se regocijarán, se alegrará la estepa y florecerá, germinará y florecerá como flor de narciso, festejará con gozo y cantos de júbilo. Le ha sido dada la gloria del Líbano, el esplendor del Carmelo y del Sarón. Contemplarán la gloria del Señor, la majestad de nuestro Dios. Fortaleced las manos débiles, afianzad las rodillas vacilantes; decid a los inquietos: «***Sed fuertes, no temáis. ¡He aquí vuestro Dios! Llega el desquite, la retribución de Dios. Viene en persona y os salvará***». Entonces se despegarán los ojos de los ciegos, los oídos de los sordos se abrirán; entonces saltará el cojo como un ciervo y cantará la lengua del mudo, porque han brotado aguas en el desierto y corrientes en la estepa. El páramo se convertirá en estanque, el suelo sediento en manantial. En el lugar donde se echan los chacales habrá hierbas, cañas y juncos. Habrá un camino recto. Lo llamarán «Vía sacra». Los impuros no pasarán por él. ***Él mismo abre el camino para que no se extravíen los inexpertos***. No hay por allí leones, ni se acercan las bestias feroces. ***Los liberados caminan por ella y por ella retornan los rescatados del Señor. Llegarán a Sión con cantos de júbilo: alegría sin límite en sus rostros. Los dominan el gozo y la alegría. Quedan atrás la pena y la aflicción.*** (Is 35, 1-10)

El profeta es realista. En su formidable meditación sobre la historia, Isaías ***canta las relaciones dramáticas de Dios con el pueblo, llamado a ser una bendición para las familias de la tierra***. El profeta reconoce que nunca fue fácil la relación entre Dios e Israel. En efecto, ***Dios vivió una profunda desilusión con su pueblo, hasta el punto que éste entristeció su espíritu***. A pesar de ello, ***Dios en persona vela, acompaña, cuida y conduce sin cesar al pueblo a su reposo, como lo hace un pastor con el rebaño***. El Señor se ha revelado fiel y clemente. Con su amor, justo y misericordioso, salva a su pueblo, lo levanta, lo lleva y soporta. Dios se ha ganado así un nombre glorioso entre los pueblos. Él en persona salva al pueblo de la esclavitud a la que lo somete el pecado propio y ajeno.

La historia de la liberación del «pueblo de la espuerta», se presenta como una clave de interpretación de las relaciones de Dios con el pueblo de su elección. Israel se había instalado en Egipto, dando la espalda al Dios de la alianza, olvidando su promesa y designio. Faraón no quiso oír al Señor, que pedía libertad para su «primogénito». El grito del pueblo oprimido alcanza a Dios. Y el Señor, a pesar del olvido e infidelidad de los hijos de Israel, ***recordó*** su palabra dada, es decir, la alianza sellada con los padres e interviene para llevar adelante su designio de liberación y salvación. A través del desierto guía sus ovejas hacia la tierra prometida, al descanso divino. Y el séptimo día Dios descansó de toda la obra que había hecho. El salmista canta: «No duerme ni reposa el guardián de Israel». (Sal 121) He aquí cómo la última parte del libro Isaías insiste en esta verdad, fuente inagotable de la esperanza del pueblo insignificante y de dura cerviz.

> ***Quiero recordar la misericordia del Señor***, las alabanzas del Señor: todo lo que hizo por nosotros el Señor, sus muchos beneficios a la casa de Israel, que llevó a cabo con compasión, y su gran misericordia. Él dijo: «***Son mi pueblo, hijos que no engañarán», y fue su salvador en todas sus angustias***. ***No fue un ángel ni un mensajero, fue él mismo en persona quien los salvó, los rescató con su amor y su clemencia, los levantó y soportó, todos los días del pasado. Pero ellos se rebelaron contra él, contristaron su santo espíritu***. Él se convirtió en su enemigo y luchó contra ellos. Entonces el pueblo se acordó de los días de antaño, de Moisés: «¿Dónde está el que los hizo pasar por el mar, el pastor de su rebaño, el que infundió en su interior su santo espíritu, el que hizo caminar a la derecha de Moisés su brazo glorioso, el que dividió las aguas ante ellos, ganándose un renombre perpetuo, el que los hizo pasar por el fondo del mar, como caballos por la estepa, sin tropezar?». ***Como a ganado que baja al valle el***

> ***espíritu del Señor los condujo a su reposo. Así condujiste a tu pueblo, ganándote un nombre glorioso***. (Is 63, 7-14)

En el amor fiel y misericordioso del Señor se encuentra realmente el fundamento de la oración confiada de la fe. Israel confiesa su pecado y canta la misericordia inagotable del Señor. La oración creyente está animada por el deseo ardiente y profundo de que Dios vuelva a intervenir en la historia, para que el pueblo, sin mérito alguno suyo, avance en la verdad y libertad gracias de su amor paterno y salvador.

> Contempla desde los cielos y mira desde tu morada santa y gloriosa. ¿Dónde están tu celo y fortaleza? ¿Es que han sido reprimidas tu entrañable ternura y compasión hacia nosotros? ¡***Tú eres nuestro padre***! Abrahán nos desconoce, Israel nos ignora. ***Tú, Señor, eres nuestro padre, tu nombre desde siempre es «nuestro Libertador»***. ¿Por qué nos extravías, Señor, de tus caminos, y endureces nuestro corazón para que no te tema? Vuélvete, por amor a tus siervos y a las tribus de tu heredad. Por poco tiempo tu pueblo santo había poseído su heredad, cuando nuestros enemigos pisotearon tu santuario. Somos desde hace tiempo aquellos sobre los que tú ya no gobiernas, los que no llevamos ya tu nombre. ¡***Ojalá rasgases el cielo y descendieses***! En tu presencia se estremecerían las montañas... (Is 63, 15-19ss)

La oración creyente del profeta se enraíza en la historia de la salvación de Dios con su pueblo, más allá de la lacra del individualismo. Isaías pide en definitiva que Dios reine en su pueblo y lo conduzca hacia el descanso. Todo esto nos ayuda a confesar nuestro pecado y pedir la intervención personal de Dios en favor del pueblo pobre, humillado y de dura cerviz. ¡Moisés en la brecha! ¡Contempla!

II.- PRESENTACIÓN DE JESÚS POR LOS ESCRITOS APOSTÓLICOS.

En este segundo momento de la contemplación, fijamos nuestra mirada en cómo los evangelios evocan la venida de Jesús, cuyo nombre significa «Yahvé salva». «Cuando se cumplieron los ocho días para circuncidar al niño, le pusieron por nombre Jesús, como lo había llamado el ángel antes de su concepción.» (Lc 2, 21) El nombre, en la cultura bíblica, expresa la identidad y misión la persona.

> La generación de Jesucristo fue de esta manera: María, su madre, estaba desposada con José y, antes de vivir juntos, resultó que ella esperaba un hijo por obra del Espíritu Santo. José, su esposo, como era justo y no quería difamarla, decidió repudiarla en privado. Pero, apenas había tomado esta resolución, se le apareció en sueños un ángel del Señor que le dijo: «***José, hijo de David, no temas acoger a María, tu mujer, porque la criatura que hay en ella viene del Espíritu Santo. Dará a luz un hijo y tú le pondrás por nombre Jesús, porque él salvará a su pueblo de sus pecados***». Todo esto sucedió para que se cumpliese lo que había dicho el Señor por medio del profeta: «Mirad: la Virgen concebirá y dará a luz un hijo y le pondrán por nombre Enmanuel, que significa "Dios-con-nosotros"». (Mt 1, 18-24)

Se ha cumplido lo que Dios anunció y prometió por los profetas. Dios en persona viene a salvar al pueblo, a la humanidad entera. El anuncio hecho a José en sueños se revela al pueblo pobre e insignificante, a los pequeños y sencillos. ¡Gustad y ved qué bueno es el Señor! ¡Contempla y goza!

1.- El anuncio de los ángeles a los pastores.

En «el silencio de la noche», en un pesebre, pues no había sitio en la posada para ellos, María da a luz a su hijo, obra del Espíritu Santo en ella. La discreción, el anonimato, la pobreza y la irrelevancia, hablando con nuestras categorías humanas, son llamativas y provocativas para el mundo replegado sobre sí mismo.

En la noche de la humanidad, el evangelista Lucas narra el testimonio proveniente del cielo. Las Escrituras se cumplen. Los ángeles anuncian a unos pastores, envueltos por la gloria del Señor, esto es, por la luz y el poder de Dios, la realización de las promesas divinas. ***Es el hoy de Dios, el hoy de la salvación***. Es una noticia gozosa para todo el pueblo. Nos ha nacido un Salvador, el Mesías, el Señor.

> En aquella misma región había unos pastores que pasaban la noche al aire libre, velando por turno su rebaño. De repente un ángel del Señor se les presentó; la gloria del Señor los envolvió de claridad, y se llenaron de gran temor. El ángel les dijo: «No temáis, os anuncio una buena noticia que será de gran alegría para todo el pueblo: ***hoy, en la ciudad de David, os ha nacido un Salvador, el Mesías, el Señor***. Y aquí tenéis la señal: encontraréis un niño envuelto en pañales y acostado en un pesebre». De pronto, en torno al ángel, apareció una legión del ejército celestial, que alababa a Dios diciendo: «Gloria a Dios en el cielo, y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad». (Lc 2, 8-14)

El signo dado por los ángeles para reconocer al Mesías, el Señor, es muy significativo. Dios viene en persona a salvarnos en la debilidad de un niño. Es la cima de la historia de la salvación. Con Abrahán y Sara, Dios dio a luz a su pueblo. Con José, vendido por sus hermanos, salvó a los pueblos del hambre. Con Moisés, rescatado de las aguas, un fugitivo de ochenta años, y al servicio del sacerdote de Madián, llevó a cabo la liberación del pueblo. Mediante el menor de los hijos de Jesé, David, pacificó e hizo próspero al pueblo de su elección. Por «el Siervo» lleva a cabo su obra salvadora, como anunció Isaías.

Los ángeles anunciaban así a los pastores cómo la gloria de Dios se revela en la fragilidad y pobreza de un niño. Es la Novedad. San Pablo sintetiza bien el misterio,, (nada tiene que ver con los criterios mundanos), escribiendo a la comunidad de Corinto, desorientada por los superapóstoles, que pretendían una comunidad fuerte y prestigiosa: «Conocéis la gracia de nuestro Señor Jesucristo, el cual, siendo rico, se hizo pobre por vosotros para enriqueceros con su pobreza.» (2Cor 8, 9) La verdad y novedad se ponen así de manifiesto. «Hoy» Dios sigue salvando a su pueblo. Hoy nos revela su fidelidad; pero lo hace a su manera. En la humanidad del Hijo, enviado en la carne débil y pobre, podemos ver ahora a Dios sin morir. Su gloria, la que cantan los ángeles y envuelve a los pastores, se revela en el niño nacido en un pesebre. Los cielos se han rasgado. ¡Contempla el misterio de la redención! Y como los pastores adora, admira y anuncia al Salvador, el Mesías y el Señor. Venido en la carne, cargará con el pecado del mundo.

Mateo insiste en la misma perspectiva con el relato de los Magos, iluminados y guiados por la estrella del cielo. No perdamos nunca de vista el lenguaje simbólico en que se nos presenta la verdad revelada, la verdad venida de Dios. La estrella nos guía hasta el niño del pesebre. ¡Adoremos!. ¡Y alegres volvamos a la vida cotidiana, como lo hicieran los Magos, guiados en todo momento por la revelación divina!.

2.- Presentación de Jesús en el Espíritu por los ancianos Simeón y Ana

A la presentación del niño del pesebre, hecha por los ángeles, se suma días más tarde el testimonio de unos ancianos, Simeón y Ana, iluminados y guiados por el Espíritu Santo. Son los hijos de Israel que no engañan, como había dicho el profeta. En ellos hablaba la fe del verdadero Israel. El testimonio acontece en el marco del Templo, detalle importante. ¡Estamos ante el misterio!

> Cuando se cumplieron los ocho días para circuncidar al niño, ***le pusieron por nombre Jesús***, como lo había llamado el ángel antes de su concepción. Cuando se cumplieron los días de su purificación, según la ley de Moisés, lo llevaron a Jerusalén para presentarlo al Señor, de acuerdo con lo escrito en la ley del Señor: «Todo varón primogénito será consagrado al Señor», y para entregar la oblación, como dice la ley del Señor: «un par de tórtolas o dos pichones».
>
> Había entonces en Jerusalén un hombre llamado ***Simeón***, hombre justo y piadoso, que aguardaba el consuelo de Israel; ***y el Espíritu Santo estaba con él***. Le había sido revelado por el Espíritu Santo que no vería la muerte antes de ver al Mesías del Señor. ***Impulsado por el Espíritu***, fue al templo. Y cuando entraban con el niño Jesús sus padres para cumplir con él lo acostumbrado según la ley, Simeón lo tomó en brazos y bendijo a Dios diciendo: «Ahora, Señor, según tu promesa, puedes dejar a tu siervo irse en paz. ***Porque mis ojos han visto a tu Salvador***, a quien has presentado ante todos los pueblos: luz para alumbrar a las naciones y gloria de tu pueblo Israel». Su padre y su madre estaban admirados por lo que se decía del niño. Simeón los bendijo y dijo a María, su madre: «Este ha sido puesto para que muchos en Israel caigan y se levanten; y será como un signo de contradicción —y a ti misma una espada te traspasará

> el alma—, para que se pongan de manifiesto los pensamientos de muchos corazones». Había también ***una profetisa***, Ana, hija de Fanuel, de la tribu de Aser, ya muy avanzada en años. De joven había vivido siete años casada, y luego viuda hasta los ochenta y cuatro; no se apartaba del templo, sirviendo a Dios con ayunos y oraciones noche y día. Presentándose en aquel momento, alababa también a Dios y ***hablaba del niño a todos los que aguardaban la liberación de Jerusalén.*** (Lc 2, 21-38)

Los padres de Jesús, María y José, obedientes al ángel ponen a su hijo el nombre prescrito por el ángel. Ya he indicado su significado. El Señor se hace presente para salvarnos. Dios con nosotros. Enmanuel.

Simeón es presentado como un hombre justo, piadoso, que aguardaba el consuelo de Israel. Más todavía. «El Espíritu Santo estaba con él». El Espíritu habló por los profetas y habla en el anciano Simeón. El testimonio de este acontece en el marco de la ley de Dios y del Templo de Jerusalén. Una vez más, somos reenviados al cumplimiento de las promesas proféticas.

El garante de la «Tradición de la fe» no es otro que el Espíritu de la verdad. Las «tradiciones» son pasajeras y caducas. No así la Tradición proveniente de Dios. (Los creyentes no siempre distinguimos entre el singular y el plural, con lo cual aparecen los fundamentalismos de signos contrarios. Unos se aferran a tradiciones, como si fueran la Tradición y otros tratan de inventar nuevas tradiciones en sustitución de las antiguas, pero distorsionando el Evangelio de Dios. Así brota la confusión en nuestras comunidades. El Espíritu es el garante de la Tradición proveniente de Dios).

Simeón ve en el hijo de María el Salvador enviado por Dios, presentado en el Templo ante todos los pueblos. Él es el Salvador y Luz de las naciones. El Espíritu desvela plenamente la verdad y novedad de Dios realizándose. Él es la gloria de Israel. Con María y José admiremos lo que nos dice el Espíritu Santo. Él es quien nos sigue guiando a la verdad y novedad plenas del Misterio revelado en el niño de Belén.

Simeón, por otra parte, anuncia que ese niño será ***un signo de contradicción***. Por él unos se levantarán y otros caerán. El Hijo vino en la carne para que se pongan de manifiesto los corazones. Los hombres de todos los tiempos han de tomar postura ante el Nazareno. Jesús proclamará más tarde: «El que no está conmigo está contra mí, y el que no recoge conmigo, desparrama». (Mt 12, 30) ¡No lo olvidemos!

La profetisa Ana alababa a Dios y hablaba del niño a todos los que esperaban la liberación de Israel. Es evidente que el Nazareno no aportó una revolución según los criterios de los fuertes y poderosos de este mundo. Su revolución acontece en la cruz. Es la revolución del amor. De los dos pueblos irreconciliables hará en él un hombre nuevo. ¡Es el paso liberador del Señor! ¡Es la victoria del amor sobre el odio! ¡La Iglesia! ¡El Señor no impone la paz, la realiza y la ofrece! El pecado y la muerte son vencidas.

3.- Presentación de Jesús adulto por el testigo enviado de Dios

Los evangelistas presentan a Juan Bautista como el hombre enviado por Dios para preparar un pueblo bien dispuesto, para allanar el camino ante la llegada de su Hijo. El Bautista representa la bisagra entre la economía de la ley y la economía de la gracia. Lucas describe la misión del Bautista así: «Y recorrió toda la comarca del Jordán, predicando un bautismo de conversión para perdón de los pecados, como está escrito en el libro de los oráculos del profeta Isaías: "Voz del que grita en el desierto: Preparad el camino del Señor, allanad sus senderos; los valles serán rellenados, los montes y colinas serán rebajados; lo torcido será enderezado, lo escabroso será camino llano. ***Y toda carne verá la salvación de Dios"***». (Lc 3, 3-6) El cuarto evangelio escribe sobre la identidad y misión del Bautista: «Surgió un hombre enviado por Dios, que se llamaba Juan: este venía como testigo, para dar testimonio de la luz, para que todos creyeran por medio de él. No era él la luz, sino el que daba testimonio de la luz.». Y más adelante añade: «Juan da testimonio de él y grita diciendo: «Este es de quien dije: El que viene detrás de mí se ha puesto delante de mí, porque existía antes que yo». Pues de su plenitud todos hemos recibido, gracia tras gracia.» (Jn 1, 6-8.15-16)

Consciente del encargo recibido, el Bautista niega ser el Mesías y anuncia la presencia del mismo con unas palabras en que pone de manifiesto la identidad y misión del Mesías anhelado. «Juan les respondió: «Yo bautizo con agua; en medio de vosotros hay uno que no conocéis, el que viene detrás de mí, y al que no soy digno de desatar la correa de la sandalia». Y el evangelista comenta: «Esto pasaba en Betania, en la otra orilla del Jordán, donde Juan estaba bautizando.» Y luego el evangelista narra con más detalle el testimonio del Bautista sobre el Nazareno.

El cuarto evangelio, en efecto, no narra el bautismo de Jesús como los Sinópticos, pero ofrece el testimonio del Bautista sobre Jesús con esta ocasión. He aquí su testimonio y unas pequeñas observaciones, antes de releer los relatos de los Sinópticos. ¡Admira y contempla!

> Al día siguiente, al ver Juan a Jesús que venía hacia él, exclamó: «***Este es el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo***. Este es aquel de quien yo dije: "Tras de mí viene un hombre que está por delante de mí, porque existía antes que yo". ***Yo no lo conocía, pero he salido a bautizar con agua, para que sea manifestado a Israel***». Y Juan dio testimonio diciendo: «He contemplado al Espíritu que bajaba del cielo como una paloma, y se posó sobre él. Yo no lo conocía, pero el que me envió a bautizar con agua me dijo: "***Aquel sobre quien veas bajar el Espíritu y posarse sobre él, ese es el que bautiza con Espíritu Santo***". ***Y yo lo he visto y he dado testimonio de que este es el Hijo de Dios***. Al día siguiente, estaba Juan con dos de sus discípulos y, fijándose en Jesús que pasaba, dice: «***Este es el Cordero de Dios***». Los dos discípulos oyeron sus palabras y siguieron a Jesús.» (Jn 1, 29-37)

Juan Bautista, el profeta, el mayor nacido de mujer, predicaba la conversión para el perdón de los pecados. No se consideraba digno de desatar la sandalia de Jesús, el Mesías. Al presentarlo ante sus discípulos y los que acudían a él para ser bautizados, el Bautista exclama lleno de admiración y sorpresa: «***Este es el cordero de Dios, que quita el pecado del mundo***.» (De ello hacemos memoria todos los días en la Eucaristía)

Jesús es presentado como «el cordero Dios». Estamos ante el don de Dios. El evangelista insiste en ello a lo largo de su evangelio. El Padre, por amor, da su Unigénito al mundo. Baste recordar un texto meditado con frecuencia por todos nosotros, aunque de forma un tanto parcial, pues no siempre se pone de relieve cómo el amor insondable del Padre se revela en la cruz del Hijo. El evangelista habla a la luz de la Pascua del Señor.

> Nadie ha subido al cielo sino el que bajó del cielo, el Hijo del hombre. Lo mismo que Moisés elevó la serpiente en el desierto, así tiene que ser elevado el Hijo del hombre, para que todo el que cree en él tenga vida eterna. Porque ***tanto amó Dios al mundo, que entregó (dio) a su Unigénito***, para que todo el que cree en él no perezca, sino que tenga vida eterna. Porque Dios no envió a su Hijo al mundo para juzgar al mundo, sino para que el mundo se salve por él. (Jn 3, 13-17)

La primera carta del evangelista Juan proclama: «En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó y nos envió a su Hijo como víctima de propiciación por nuestros pecados.» (1Jn 4, 10) Notemos la relación existente entre el sacrificio del cordero y la Pascua de Jesús. «El primer día de los Ácimos, cuando se sacrificaba el cordero pascual, le dijeron a Jesús sus discípulos: «¿Dónde quieres que vayamos a prepararte la cena de Pascua?». (Mc 14, 12) Los Hechos de los Apóstoles interpretan cómo Isaías anunciaba ya a Jesús, hablando del siervo: «E invitó a Felipe a subir y a sentarse con él. El pasaje de la Escritura que estaba leyendo era este: ***Como cordero fue llevado al matadero***, como oveja muda ante el esquilador, así no abre su boca. En su humillación no se le hizo justicia. ¿Quién podrá contar su descendencia? Pues su vida ha sido arrancada de la tierra. El eunuco preguntó a Felipe: «Por favor, ¿de quién dice esto el profeta?; ¿de él mismo o de otro?». Felipe se puso a hablarle y, tomando pie de este pasaje, le anunció la Buena Nueva de Jesús. (Hch 8, 31-35) Otros piensan en el cumplimiento de lo que Abrahán dijo a Isaac, el hijo de la promesa, cuando preguntó por el cordero para el sacrificio:

> Isaac dijo a Abrahán, su padre: «Padre». Él respondió: «Aquí estoy, hijo mío». El muchacho dijo: «Tenemos fuego y leña, pero ¿dónde está el cordero para el holocausto?». Abrahán contestó: «Dios proveerá el cordero para el holocausto, hijo mío». Y siguieron caminando juntos. (Gen 22, 7-8)

En todos estos textos se habla del cordero en relación con el sacrificio, que agrada a Dios y lleva a cabo el perdón de los pecados. Liberados para andar el camino. Abrahán y el hijo siguieron caminando juntos. El pecado necesita ser destruido, pues no puede convivir con el Dios tres veces santo. El ser humano debe estar dispuesto a destruirlo. Y esta destrucción acontece en el cordero prometido. La realidad es Cristo, todo se cumple en él. ¡Misterio de amor!

El concilio Vaticano II, citando a san Jerónimo, afirma: "El desconocimiento de las Escrituras es desconocimiento de Cristo". (DV 25) El conocimiento del AT nos permite comprender mejor cómo Cristo es el cumplimiento de las promesas divinas. Todas las Escrituras hablan de Cristo. Él, por otra parte, aporta una nueva luz, para releer la novedad sin ocaso de Dios. Volvamos a la afirmación del Bautista: Cristo es el cordero que quita el pecado del mundo. ***El pecado del mundo, y no sólo los pecados, es borrado, destruido en el cordero inmolado y victorioso del que nos habla el libro de la esperanza, esto es, el Apocalipsis***.

En la carne del niño de pesebre es destruido el poder del pecado. ***Es la pascua del Señor***. Es la nueva creación. Es el bautismo con Espíritu. Destruido el poder del pecado, es un nuevo comienzo para la humanidad. El nuevo Adán nos ha engendrado para la vida nueva. La salvación de Dios alcanza a la humanidad entera. Así lo atestigua la victoria del Cordero inmolado. La Jerusalén celestial, esto es, la esposa del Cordero inmolado, la Iglesia, como canta el Apocalipsis, es el sacramento de la victoria del Cordero. El pecado y la muerte ya no reinan. El reinado de Dios y del Cordero inmolado se ha establecido de forma definitiva en el mundo, aun cuando el trigo y la cizaña crezcan juntos. La victoria está garantizada.

El autor del Apocalipsis proclama la fe apostólica con imágenes y símbolos del Antiguo Testamento. En la muerte, resurrección y glorificación del Cordero inmolado, esto es, del Unigénito enviado al mundo como el Salvador, Dios ha cumplido sus promesas y nos abre a la novedad sin ocaso. En él ha acontecido la salvación de una vez para siempre. Los que creen en él son los cantores del cántico nuevo. El pecado del mundo ha sido vencido. Han dado comienzo los cielos nuevos y la tierra nueva. Todo aconteció de una vez para siempre en la Pascua del Cordero. A nosotros de apropiarnos la salvación ofrecida mediante «la obediencia filial» de la fe.

San Pablo evoca el cántico nuevo, cuando escribe a los miembros de la comunidad de Corinto, tentada de buscar poder, sabiduría y prestigio, oscureciendo así la palabra de la cruz:

> Pues los judíos exigen signos, los griegos buscan sabiduría; pero nosotros predicamos a Cristo crucificado: escándalo para los judíos, necedad para los gentiles; pero para los llamados —judíos o griegos—, un Cristo que es fuerza de Dios y sabiduría de Dios. Pues lo necio de Dios es más sabio que los hombres; y lo débil de Dios es más fuerte que los hombres. Y si no, fijaos en vuestra asamblea, hermanos: no hay en ella muchos sabios en lo humano, ni muchos poderosos, ni muchos aristócratas; sino que, lo necio del mundo lo ha escogido Dios para humillar a los sabios, y lo débil del mundo lo ha escogido Dios para humillar lo poderoso. Aún más, ha escogido la gente baja del mundo, lo despreciable, lo que no cuenta, para anular a lo que cuenta, de modo que nadie pueda gloriarse en presencia del Señor. A él se debe que vosotros estéis en Cristo Jesús, el cual se ha hecho para nosotros sabiduría de parte de Dios, justicia, santificación y redención. Y así —como está escrito—: el que se gloríe, que se gloríe en el Señor. (1Cor 1, 22-31)

En la Eucaristía hacemos memoria de esta verdad todos los días, precisamente en el momento de comulgar con el cuerpo y la sangre de Cristo. Preguntemonos: ¿Somos consecuentes con lo que celebramos? Las plegarias eucarísticas proclaman el sacrificio siempre actual de Jesucristo y cómo estamos llamados a

asociarnos a él. En la cruz, Jesús, el Cristo, adquirió un pueblo santo para el Padre. A su ofrenda de amor estamos llamados a unirnos por la fe. ¡Contempla y medita! ¡Saca las consecuencias!

4.- Los cielos se rasgan y se oye el testimonio celeste.

> Y sucedió que, cuando todo el pueblo era bautizado, también Jesús fue bautizado; y, mientras oraba, se abrieron los cielos, bajó el Espíritu Santo sobre él con apariencia corporal semejante a una paloma y vino una voz del cielo: «Tú eres mi Hijo, el amado; en ti me complazco». (Lc 3, 21-22)
>
> Y sucedió que por aquellos días llegó Jesús desde Nazaret de Galilea y fue bautizado por Juan en el Jordán. Apenas salió del agua, vio rasgarse los cielos y al Espíritu que bajaba hacia él como una paloma. Se oyó una voz desde los cielos: «Tú eres mi Hijo amado, en ti me complazco». (Mc 1, 9-11)
>
> Por entonces viene Jesús desde Galilea al Jordán y se presenta a Juan para que lo bautice. Pero Juan intentaba disuadirlo diciéndole: «Soy yo el que necesito que tú me bautices, ¿y tú acudes a mí?». Jesús le contestó: «Déjalo ahora. ***Conviene que así cumplamos toda justicia***». Entonces Juan se lo permitió. Apenas se bautizó Jesús, salió del agua; se abrieron los cielos y vio que el Espíritu de Dios bajaba como una paloma y se posaba sobre él. Y vino una voz de los cielos que decía: «Este es mi Hijo amado, en quien me complazco». (Mt 3, 13-17)

Una vez que hemos meditado de forma somera el testimonio del Bautista, del hombre enviado e iluminado por el propio Señor, contemplemos brevemente cómo los Sinópticos narran y presentan el comienzo del ministerio público de Jesús de Nazaret.

Los cielos se abren y el Espíritu del Señor desciende sobre la carne del Nazareno. El deseo expresado por la súplica del profeta Isaías se cumple en la novedad. Jesús, ante la resistencia del Bautista, insiste en ser bautizado, para cumplir «toda justicia». Una vez más, conviene notarlo, el profeta que habla por su cuenta, aunque parezca razonable su palabra, no se adecua necesariamente al designio de Dios. La justicia de Dios y la de los hombres distan mucho. Es preciso dejar hacer al Espíritu del Señor.

La justicia divina acontece en el cumplimiento de la palabra dada por Dios. El Espíritu divino conducirá la existencia y misión del Unigénito enviado en la carne. El Señor en persona es quien nos salva. No nos salvamos; somos salvados para la buenas obras que Dios dispuso de antemano que practicásemos. La Iglesia es la comunidad de los rescatados y salvados por el Señor. Y así, salvada e incorporada a Cristo, la Iglesia es el sacramento universal de salvación como recordó el Vaticano II. Ella es sacramento en cuanto vive en Cristo y a él reenvía. «La Iglesia es en Cristo como un sacramento, o sea signo e instrumento de la unión íntima con Dios y de la unidad de todo el género humano.» (LG 1) De otra forma no pasamos de ser un grupo religioso entre otros. La sacramentalidad brota del ser en Cristo y no de nuestro hacer o bondad.

Pero hay más. El Padre del cielo da testimonio de Jesús de Nazaret, al revelarnos que es su hijo amado. En él debemos creer y a él debemos escuchar, como luego se nos dice en la Transfiguración. El Padre es quien acredita al Hijo como el salvador y el revelador. El Padre se complace en él; y a él debemos seguir, si queremos complacer al Padre.

En esta perspectiva, Jesús dijo a los judíos que morirían en sus pecados si se negaban a creer en él. Así lo refiere el evangelio según san Juan: «Y él les dijo: «Vosotros sois de aquí abajo, yo soy de allá arriba: vosotros sois de este mundo, yo no soy de este mundo. Con razón os he dicho que moriréis en vuestros pecados: pues, si no creéis que "Yo soy", moriréis en vuestros pecados».» (Jn 8, 23-24) Esta afirmación, lejos de invalidar que Jesús es el cordero que quita el pecado del mundo, invita y urge a recibir el don de Dios con libertad y responsabilidad. ¡Acojamos al Salvador con alegre esperanza!

5.- El testimonio de los apóstoles ante el Sanedrín

La comunidad apostólica, iluminada y guiada por el Espíritu Santo, comprendió y testificó cómo Jesús de Nazaret era el Salvador del mundo, el esperado de Israel y la humanidad, para rescatarnos de la esclavitud del pecado. El evangelio según san Lucas se cierra con esta afirmación: «Y les dijo: «Esto es lo que os dije mientras estaba con vosotros: que era necesario que se cumpliera todo lo escrito en la Ley de Moisés y en los Profetas y Salmos acerca de mí». Entonces les abrió el entendimiento para comprender las Escrituras. Y les dijo: «Así está escrito: el Mesías padecerá, resucitará de entre los muertos al tercer día y en su nombre se proclamará ***la conversión para el perdón de los pecados a todos los pueblos, comenzando por Jerusalén***. Vosotros sois testigos de esto. Mirad, yo voy a enviar sobre vosotros la promesa de mi Padre; vosotros, por vuestra parte, quedaos en la ciudad hasta que os revistáis de la fuerza que viene de lo alto». (Lc 24, 44-49)

Después de la venida del Espíritu Santo, el testimonio de los testigos elegidos por Dios, esto es, de los Doce, es nítido e incuestionable. He aquí el testimonio de Pedro, lleno del Espíritu Santo, que había hablado por medio de los profetas.

> Entonces Pedro, lleno de Espíritu Santo, les dijo: «Jefes del pueblo y ancianos: Porque le hemos hecho un favor a un enfermo, nos interrogáis hoy para averiguar qué poder ha curado a ese hombre; quede bien claro a todos vosotros y a todo Israel que ha sido el Nombre de Jesucristo el Nazareno, a quien vosotros crucificasteis y a quien Dios resucitó de entre los muertos; por este Nombre, se presenta este sano ante vosotros. Él es la piedra que desechasteis vosotros, los arquitectos, y que se ha convertido en piedra angular; ***no hay salvación en ningún otro, pues bajo el cielo no se ha dado a los hombres otro nombre por el que debamos salvarnos***». (Hch 4, 8-12)

Es en Jesucristo en el que podemos y debemos salvarnos. Para ello se nos pide fe en él y caminar de acuerdo con lo que nos ha dicho el Padre por su medio. El Señor nos da su Espíritu. Por él recibimos el Espíritu de la verdad, libertad y comunión. Él nos hace partícipes de la naturaleza divina. ¡Todo es gracia!

6.- El testimonio del apóstol de las gentes

Para cerrar esta presentación del Salvador, del Cordero de Dios que quita el pecado del mundo, me parece oportuno evocar el testimonio de quien persiguió a Jesús en la comunidad de sus discípulos. Saulo pensaba realizar su salvación mediante la ley dada por Dios en la alianza del Sinaí. Pero esto, como luego comprendió, no encajaba con la misma ley. Dios había dicho por el profeta que él en persona salvaría a Israel. Pablo lo expresa en estos términos en la carta a los gálatas.

> Nosotros somos judíos de nacimiento, no pecadores de entre los gentiles. Pero, sabiendo que el hombre no es justificado por las obras de la ley, sino por la fe en Jesucristo, también nosotros hemos creído en Cristo Jesús, para ser justificados por la fe de Cristo y no por las obras de la ley. Pues ***por las obras de la ley no será justificado nadie***. Ahora bien, si buscando ser justificados en Cristo, resultamos también nosotros pecadores, ¿entonces qué?, ¿será Cristo un servidor del pecado? Ni mucho menos; pues si vuelvo a construir lo que había demolido, demuestro que soy un trasgresor. ***Pues yo he muerto a la ley por medio de la ley, con el fin de vivir para Dios***. Estoy crucificado con Cristo; vivo, pero no soy yo el que vive, es Cristo quien vive en mí. Y mi vida de ahora en la carne, la vivo en la fe del Hijo de Dios, que me amó y se entregó por mí. No anulo la gracia de Dios; pero si la justificación es por medio de la ley, Cristo habría muerto en vano. (Gal 2, 15-21)

En la carta a los colosenses, el apóstol sale al paso de la falsa piedad de los que buscan caminos de salvación fuera del único Camino que es Cristo. Ayer, como hoy, estamos ante una cuestión decisiva. No son la obras las que nos salvan, sino que hemos sido salvados para las buenas obras. No se trata de oponer fe y obras; pero es importante caer en la cuenta de su verdadera articulación. La libertad del hombre no está en la autoafirmación, sino en la obediencia filial. Ni el hijo pródigo ni el hijo mayor lo habían comprendido. He aquí dos textos importantes en esta perspectiva en las cartas del cuerpo paulino:

> También vosotros un tiempo estabais muertos por vuestras culpas y pecados, cuando seguíais el proceder de este mundo, según el príncipe de la potestad del aire, el espíritu que ahora actúa en los rebeldes contra Dios. ***Como ellos, también nosotros vivíamos en el pasado siguiendo las tendencias de la carne, obedeciendo los impulsos del instinto y de la imaginación; y, por naturaleza, estábamos destinados a la ira, como los demás***. ***Pero Dios, rico en misericordia, por el gran amor con que nos amó, estando nosotros muertos por los pecados, nos ha hecho revivir con Cristo —estáis salvados por pura gracia—; nos ha resucitado con Cristo Jesús, nos ha sentado en el cielo con él, para revelar en los tiempos venideros la inmensa riqueza de su gracia, mediante su bondad para con nosotros en Cristo Jesús***. ***En efecto, por gracia estáis salvados, mediante la fe. Y esto no viene de vosotros: es don de Dios. Tampoco viene de las obras, para que nadie pueda presumir. Somos, pues, obra suya. Dios nos ha creado en Cristo Jesús, para que nos dediquemos a las buenas obras, que de antemano dispuso él que practicásemos***. (Ef 2, 1-10)

Pablo enseña a los gentiles cómo la salvación es un acontecimiento de la gracia divina. Dios en Cristo nos estaba reconciliando con él, haciéndonos nuevas criaturas. Las buenas obras son la consecuencia de lo que la gracia de Dios realiza en el creyente. El Vaticano II afirma cómo el Espíritu Santo, el don de los tiempos mesiánicos trabaja ya en todo hombre, conduciéndolo a la pascua del Hijo, esto es, a la salvación (GS 22).

Dirigiéndose a la comunidad de los colosenses, una comunidad de bautizados, el apóstol les alertaba, para no caer en la trampa de los que proponen caminos de religiosidad que no son compatibles con la dinámica profunda de la gracia bautismal.

> Quiero que sepáis el duro combate que sostengo por vosotros y por los de Laodicea, y por todos los que no me conocen personalmente; para que se llenen de ánimo sus corazones y, estrechamente unidos en el amor mutuo, alcancen en toda su riqueza la plena inteligencia y el perfecto conocimiento del misterio de Dios, que es Cristo. En él están encerrados todos los tesoros de la sabiduría y del conocimiento. Lo digo para que nadie os engañe con argumentos capciosos, pues, aunque corporalmente estoy ausente, mi espíritu está con vosotros, alegrándome de veros en vuestro puesto, y firmes en vuestra fe en Cristo. Por tanto, ya que habéis aceptado a Cristo Jesús, el Señor, proceded unidos a él, arraigados y edificados en él, afianzados en la fe que os enseñaron, y rebosando agradecimiento. ***Cuidado con que nadie os envuelva con teorías y con vanas seducciones de tradición humana, fundadas en los elementos del mundo y no en Cristo.*** Porque en él habita la plenitud de la divinidad corporalmente, y por él, que es cabeza de todo Principado y Potestad, habéis obtenido vuestra plenitud. En él habéis sido también circuncidados con una circuncisión no hecha por manos humanas mediante el despojo del cuerpo de carne, con la circuncisión de Cristo. ***Por el bautismo fuisteis sepultados con Cristo y habéis resucitado con él, por la fe en la fuerza de Dios que lo resucitó de los muertos. Y a vosotros, que estabais muertos por vuestros pecados y la incircuncisión de vuestra carne, os vivificó con él.*** Canceló la nota de cargo que nos condenaba con sus cláusulas contrarias a nosotros; la quitó de en medio, clavándola en la cruz, y, destituyendo por medio de Cristo a las Potestades y los Principados, los exhibió en público espectáculo, y los llevó cautivos en su cortejo. (Col 2, 1-15)

San Pablo proclamaba así que en la Pascua del Hijo, los que estábamos muertos por nuestros pecados, hemos sido vivificados y resucitado. Y esto es obra del Padre mediante la entrega del Hijo y el don del Espíritu de verdad y santidad. El Salvador y el Revelador son el mismo, como insiste de forma constante el evangelista san Juan. Él es el Cordero que quita el pecado del mundo. Él es la Verdad que nos libera de la esclavitud del pecado. Él es la Vida que nos recrea. Él es el Camino que nos conduce al Padre y nos da la posibilidad de llegar a ser hijos del Padre. Mediando la Pascua del Hijo, el Espíritu es derramado sobre toda carne.

> Cuantos se dejan llevar por el Espíritu de Dios, esos son hijos de Dios. Pues no habéis recibido un espíritu de esclavitud, para recaer en el temor, sino que habéis recibido un Espíritu de hijos de adopción, en el que clamamos: «¡Abba, Padre!». Ese mismo Espíritu da testimonio a nuestro espíritu de que somos hijos de

> Dios; y, si hijos, también herederos; herederos de Dios y coherederos con Cristo; de modo que, si sufrimos con él, seremos también glorificados con él. (Rom 8, 14-17)

III.- CONSECUENCIAS PARA NUESTRAS VIDAS

1.- Recibir y anunciar al Salvador

En los Hechos de los Apóstoles, un pagano explica muy bien donde radicaba la diferencia entre Pablo y los otros judíos. Pablo se halla en prisión, pues había apelado a Roma. Festo explica al rey Agripa el caso del apóstol. Pablo no ha cometido delito alguno. La cuestión por la que los judíos quieren eliminarlo es esta: «se trataba solo de ciertas discusiones acerca de su propia religión y de un tal Jesús, ya muerto, que Pablo sostiene que está vivo.» (Hch 25, 19) Los testimonios apostólicos no versan en primer lugar sobre moral, sino sobre la persona del Salvador. Ante el Sanedrín, Pedro había afirmado:

> Entonces Pedro, lleno de Espíritu Santo, les dijo: «Jefes del pueblo y ancianos: Porque le hemos hecho un favor a un enfermo, nos interrogáis hoy para averiguar qué poder ha curado a ese hombre quede bien claro a todos vosotros y a todo Israel que ha sido el Nombre de Jesucristo el Nazareno, a quien vosotros crucificasteis y a quien Dios resucitó de entre los muertos; por este Nombre, se presenta este sano ante vosotros. Él es la piedra que desechasteis vosotros, los arquitectos, y que se ha convertido en piedra angular; ***no hay salvación en ningún otro, pues bajo el cielo no se ha dado a los hombres otro nombre por el que debamos salvarnos***». (Hch 4, 8-12)

Jesús no es presentado como un simple reformador religioso, ni como un excelso profeta, sino como el Salvador de la humanidad. En él era Dios en persona quien nos estaba salvando. Es el «cordero de Dios que quita el pecado del mundo». Es el Evangelio de Dios. El reino de Dios ha hecho su irrupción en la historia. He aquí la salvación de Dios. He aquí la fe que estamos llamados a comunicar. ¿Cómo recibimos y anunciamos al Salvador? Es la misión del ministerio de la reconciliación, de la nueva alianza. ¡Vivamos el carisma sacerdotal con todas sus consecuencias!

2.- Asumir con Cristo la historia

Jesús fue enviado por el Padre al mundo para rescatarnos del pecado. Para ello asumió la condición de nuestra carne de pecado. En efecto, el Padre nos estaba reconciliando consigo por medio de la sangre de su Hijo. Así quiso Dios asociar a la carne a su obra salvadora. He aquí dos prefacios significativos en este sentido. «Reconocemos como obra de tu poder admirable no sólo haber socorrido nuestra débil naturaleza con la fuerza de tu divinidad, sino haber previsto el remedio en la misma debilidad humana, y de lo que era nuestra ruina haber hecho nuestra salvación, por Cristo, Señor nuestro». (Prefacio III dominical del tiempo ordinario) «Por él [Cristo], hoy resplandece ante el mundo el maravilloso intercambio que nos salva: pues la revestirse tu Hijo de nuestra frágil condición no sólo confiere dignidad eterna a la naturaleza humana, sino que por esta unión admirable nos hace a nosotros eternos.» (Prefacio III de Navidad)

El concilio Vaticano II, por su parte, enseña cómo la Iglesia está destinada a comunicar los frutos de la salvación a los hombre, recorriendo el camino de Jesús, un camino de pobreza y persecución:

> Pero como Cristo realizó la obra de la redención en pobreza y persecución, de igual modo la Iglesia está destinada a recorrer el mismo camino a fin de comunicar los frutos de la salvación a los hombres. Cristo Jesús, «existiendo en la forma de Dios..., se anonadó a sí mismo, tomando la forma de siervo» (*Flp* 2,6-7), y por nosotros «se hizo pobre, siendo rico» (*2 Co* 8,9); así también la Iglesia, aunque necesite de medios humanos para cumplir su misión, no fue instituida para buscar la gloria terrena, sino para proclamar la humildad y la abnegación, también con su propio ejemplo. Cristo fue enviado por el Padre a «evangelizar a los pobres y levantar a los oprimidos» (*Lc* 4,18), «para buscar y salvar lo que estaba perdido» (LG 8)

La consagración secular nos urge a asumir el camino discreto y silencioso de Jesús con la gente de su pueblo, para llevar a cabo la obra del Padre. En el mundo y a través de las estructuras del mundo, estamos llamados a ser testigos de los frutos de la redención. Para ello es preciso asumir con Cristo la historia de nuestro mundo marcado por el pecado. Jesús asumió la historia de Israel y de la humanidad, con sus luces y sombras, para llevarla a su plenitud. En un exceso de amor se entregó hasta dar la vida por los que lo rechazaban. ¿Cómo asumimos el mundo y cultivamos el ministerio de la reconciliación?

En el oficio de lecturas de la fiesta de San Alfonso María de Ligorio, leemos un texto muy sugerente del santo: «Y no sólo quiso darnos aquellas criaturas, con toda su hermosura, sino que además, con el objeto de conquistarse nuestro amor, llegó al extremo de darse a sí mismo por entero a nosotros. El Padre eterno llegó a darnos a su Hijo único. Viendo que todos nosotros estábamos muertos por el pecado y privados de su gracia, ¿qué es lo que hizo? Llevado por su amor inmenso, mejor aún, excesivo, como dice el Apóstol, nos envió a su Hijo amado para satisfacer por nuestros pecados y para restituirnos a la vida, que habíamos perdido por el pecado. Dándonos al Hijo, al que no perdonó, para perdonarnos a nosotros, nos dio con él todo bien: la gracia, la caridad y el paraíso, ya que todas estas cosas son ciertamente menos que el Hijo: El que no perdonó a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará todo con él?» En Cristo y con él, estamos llamados a amar nuestro mundo, dándonos, para que el mundo se desarrolle de acuerdo con el designio divino. Asumir no es acomodarse al mundo, sino amarlo con el amor de Cristo, para comunicarle la vida sin ocaso.

3.- Cultivar la conciencia de pecado.

Si queremos cultivar una justa conciencia de pecado, lo primero de todo es evitar, tanto los complejos de culpabilidad, como del buenísimo superficial. En este sentido conviene recordar lo que Pablo escribe a la comunidad de Roma, pues todos somos pecadores y con nuestros contribuimos a acrecentar el pecado del mundo; pero no es menos cierto que a todos se nos ofrece la justicia y misericordia de Dios. «Pero ahora, sin la ley se ha manifestado la justicia de Dios, atestiguada por la Ley y los Profetas; justicia de Dios por la fe en Jesucristo para todos los que creen. Pues no hay distinción, ya que ***todos pecaron y están privados de la gloria de Dios, y son justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención realizada en Cristo Jesús***. Dios lo constituyó medio de propiciación mediante la fe en su sangre, para mostrar su justicia pasando por alto los pecados del pasado en el tiempo de la paciencia de Dios; actuó así para mostrar su justicia en este tiempo, a fin de manifestar que era justo y que justifica al que tiene fe en Jesús.» (Rom 3, 21-26) «Dios nos encerró a todos en desobediencia, para tener misericordia de todos.» (11, 32)

Quien cultiva una justa conciencia del pecado, deja de situarse como juez de los demás, pues descubre que, con su pecado y mediocridad, también él acrecienta el pecado del mundo. Pero, por otra parte, consciente de la justicia de Dios, se entrega a ella y proclama la salvación gratuita de Dios, para que crean. La justicia y misericordia de Dios alcanza a todos. Por ello no deja de confesarse pecador perdonado, a fin de irradiar el Evangelio de la gracia. En este sentido, releamos, una vez más el testimonio del apóstol de las gentes. Pablo no se presenta como un dechado de virtudes, sino como una verdadera criatura de la gracia divina, como un modelo de la paciencia divina con paciencia amorosa de Dios.

> Doy gracias a Cristo Jesús, Señor nuestro, que me hizo capaz, se fió de mí y me confió este ministerio, a mí, que antes era un blasfemo, un perseguidor y un insolente. Pero Dios tuvo compasión de mí porque no sabía lo que hacía, pues estaba lejos de la fe; sin embargo, la gracia de nuestro Señor sobreabundó en mí junto con la fe y el amor que tienen su fundamento en Cristo Jesús. Es palabra digna de crédito y merecedora de total aceptación que Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores, y yo soy el primero; pero por esto precisamente se compadeció de mí: para que yo fuese el primero en el que Cristo Jesús mostrase toda su paciencia y para que me convirtiera en un modelo de los que han de creer en él y tener vida eterna. Al Rey de los siglos, inmortal, invisible, único Dios, honor y gloria por los siglos de los siglos. Amén. (1Tim 1, 12-17)